

Cómo Julia viajó a la otra punta del mundo permaneciendo en su hogar

Julia se despertó sin ánimo alguno de empezar el día, tan solo llevaba cuatro días “encerrada” en casa y ya estaba muy cansada.

Julia siempre había sido una niña muy activa, a ella le encantaba correr, saltar, bailar... Todo lo que conllevaba moverse hacía pasar a Julia un buen rato, y ahora que ya no podía hacerlo hacía que se sintiera apagada.

Ella se levantó y avanzó rápidamente hasta llegar a su cocina, su casa era muy pequeña por lo que esta se encontraba a tan solo cinco pasos de su cama.

Se asomó y vio a su padre leer el periódico alegremente.

-¡Bueno días, Julia!- dijo su padre.

-Buenas -dijo la niña con un tono entristecido.

-Tengo una gran idea, ¿por qué no coges este libro de la estantería y comienzas a leerlo? Yo me lo leí a tu edad, ¡me pareció maravilloso! Así tendrás algo que hacer, que últimamente te veo muy aburrida-, dijo su padre en un tono divertido.

Julia anduvo hasta llegar a la estantería de la cocina, hizo todos sus esfuerzos para coger el libro; sin embargo, este estaba en el estante más alto, por lo que le tuvo que pedir ayuda a su padre.

Este se acercó y la ayudó a bajar el libro. Julia miró la portada excitada: era una portada preciosa, en la que se encontraba una chica de cabello castaño mirando a un pequeño amuleto verde esmeralda. La obra se llamaba “Katherine y las tres mil nieblas”.

Julia se llevó el libro corriendo a su cuarto, aunque en cuanto comenzó a leer la primera página perdió su interés y lo posó en su mesita de noche.

Volvió a tumbarse en su cama e intentó distraerse, pero no lo consiguió. Entonces Julia decidió que debía darle otra oportunidad a la historia. Volvió a agarrar el libro, lo acercó a su cama y comenzó a leerlo.

El tiempo seguía pasando y Julia continuaba leyendo, definitivamente la historia la había hechizado. En tan solo unas horas les había cogido un amor incondicional a los personajes y cada vez la novela conseguía causarle más interés.

Los días pasaron y Julia seguía dedicando sus tardes a leer, hasta que un día el maravilloso libro que había conquistado a Julia durante más de dos semanas se terminó. Ella no pudo aguantar las lágrimas y comenzó a sentir un gran vacío.

Julia se acercó a su cocina, donde de nuevo se encontraba su padre. Este estaba cocinando y al ver sus lágrimas, inmediatamente entendió lo que le había sucedido a

su hija, puesto que a él le había ocurrido lo mismo cuando muchos años antes había terminado de leer aquella historia.

Julia siempre había pensado que leer era una pérdida de tiempo y que no merecía la pena, pero ahora se había dado cuenta de lo que era realmente una buena historia. Un libro que conseguía atraparte y llevarte a otro lugar con otras nuevas personas.

Su padre le sonrió y le señaló otro libro. Julia corrió hacia la estantería y lo agarró, ya que por suerte para ella esta se encontraba en la estantería más baja.

Desde ese día Julia sintió un verdadero aprecio por cada novela que caía en sus manos y, aunque estuviera “encerrada” en su casa, sintió cómo cada vez que abría una historia se encontraba en otra parte del mundo.